

**LATINOAMERICA HOY**

# **DEBRAY**

## **Y LA REVOLUCION LATINOAMERICANA**

Huberman y Sweezy

Gunder Frank y Shah

Silva

Pomeroy

Torres y Aronde

Blackburn y Anderson

Ahmad, Williams, McKelvey

García y Debray

**2a.**  
**EDICION**

3

## Los Errores de la Teoría del "Foco"

por CLÉA SILVA\*

El concepto de subordinación del partido a la fuerza guerrillera, es decir, de lo político a lo militar, que es central en el libro de Régis Debray *¿Revolución en la revolución?*, se basa en la suposición de que "la revolución se forma en la lucha misma", tesis que defiende Fidel Castro.

Hasta hoy nadie puede negar que el partido venezolano peleó con las armas en la mano, especialmente durante 1963 y 1964. Ahora, según Fidel, los comunistas venezolanos han abandonado la lucha y seguido el camino del reformismo, y es aquí donde la lógica de la discusión parece desmoronarse: la lucha armada no basta para forjar una conciencia revolucionaria.

Durante la Revolución Cubana, la conducta de Fidel se basó en la siguiente premisa: "A aquellos que demuestren habilidad militar hay que darles también responsabilidad política." Al respecto, el comentario de Debray fue: "Valía la pena correr el riesgo con gentes como Raúl Castro, el Che Guevara, Camilo Cienfuegos y una pléyade de oficiales que hoy tienen la dirección de una revolución proletaria y campesina" (p. 90).

\* Cléa Silva es el seudónimo de una socióloga brasileña que participa en la lucha contra la dictadura militar de su país. El artículo que escribió sobre las teorías de Debray fue publicado por primera vez en español en *Monthly Review: Selecciones en castellano*, N° 45, diciembre de 1967, y redactado antes de la muerte de Che Guevara (en octubre de 1967). Esta síntesis del texto original fue traducida del español por Bobbye Ortiz.

Cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿Es cierto que Raúl, el Che y Camilo eran buenos líderes políticos porque eran buenos soldados? ¿Fue la lucha por sí sola lo que hizo de ellos buenos revolucionarios? No parece ser éste el caso. Cuando el Che salió de la Argentina todo indica que ya era comunista. Lo mismo puede decirse de Raúl y de Fidel cuando salieron de Cuba para preparar el desembarco del *Granma*: que eran ya revolucionarios, productos de una lucha ideológica que, para bien o para mal, ya estaba en proceso en América Latina.

Tampoco está en lo correcto Debray cuando dice que "son la guerra y sus objetivos inmediatos los que unifican". El ejemplo de Venezuela demuestra lo contrario, pues cuando la guerra estaba en su apogeo sobrevino la división entre el Partido Comunista Venezolano y Douglas Bravo. Lo que puede argüirse con toda seguridad es que en Guatemala la guerra está logrando unificar a las organizaciones revolucionarias, pero sólo después de un largo período. En todo caso, no puede aceptarse como dogma que la guerra sea el único factor de unificación. Lo que realmente unifica no es la guerra, sino sus objetivos, la habilidad de la vanguardia para servir como centro coordinador; y esto requiere, ante todo, claridad de visión, es decir, habilidad para analizar correctamente el proceso histórico, una demostración, en la diaria conducción de la lucha *en todos los sectores básicos*, de que la vanguardia es una fuerza organizada, disciplinada y coherente; en otras palabras, de que es un partido.

Puede decirse que en Cuba no había partido, y este es, precisamente, el argumento de aquellos que buscan el camino más fácil, más conveniente para llegar al poder. Es claro que cada movimiento revolucionario debe buscar el camino más corto, pero éste no debe ser un camino lleno de emboscadas. Tal es la actitud de los que pretenden transformar las limitaciones y particularidades de la Revolución Cubana en reglas universales y omnímodas.

El hecho de que los revolucionarios cubanos hayan logrado llevar al cabo la revolución a pesar de no haber contado con un partido confirma más que nunca su particularidad, no su generalidad. Esto no quiere decir, sin embargo, que sea necesario esperar hasta que el partido satisfaga todas las condiciones previas: células en todos los sectores fundamentales, una estructura diversificada y compleja, centralismo democrático, penetración en los varios sectores del movimiento de masas, y arraigo en la clase obrera, a fin

de iniciar una insurrección armada. No obstante, debe estar cuando menos *en vías de llevarlas a cabo*. Todo indica que cualquier movimiento armado que se emprenda en Latinoamérica debe enfrentarse, *desde un principio*, no sólo a la represión interna sino al propio imperialismo, que tratará de liquidar la revolución.

Solamente un movimiento muy bien organizado, que cuente con una sólida base de apoyo urbano, tanto desde el punto de vista logístico militar como del político, puede progresar y triunfar. Esto significa, ahora más que nunca, que la experiencia cubana no se repetirá.

La teoría de que la fuerza armada es el embrión del partido se basa en la suposición de que todas las condiciones están maduras y no hay tiempo para organizarse sobre la base de un partido. En contraste con esto, Lenin dijo que nunca era demasiado tarde para organizarse. Finalmente, si observáramos más de cerca los países latinoamericanos veríamos que la mayor parte de ellos están repletos de pequeñas organizaciones revolucionarias que tienen entre sí diferencias secundarias y que, individualmente, están lejos de reunir los requisitos para constituir un partido que bien podrían formar si se unieran.

En síntesis, para iniciar una confrontación directa con las fuerzas represivas, esto es, para emprender una insurrección armada, es necesario, primero, contar con una organización mínima que funcione con las características de un partido. Quizá en un principio no sea un partido en toda la extensión de la palabra; tal vez ni siquiera se le llame partido, pero ya no basta el heroísmo, como en el caso del grupo del *Granma*. Es más: la formación de un partido político es indispensable para canalizar la lucha revolucionaria, aun en aquellos países en los que la industria no llega todavía a ser el factor económico fundamental y por lo tanto el proletariado tiene poco peso en la vida política. Si bien en estos casos el partido no se justifica a sí mismo desde el punto de vista de la fuerza numérica efectiva del proletariado, sí se justifica plenamente desde el punto de vista operativo. Y si no, ¿cómo sería posible organizar y dirigir una insurrección contra tan poderosos enemigos, de no ser con un bien estructurado aparato organizativo, perfectamente coordinado, diversificado y sólido? ¿Es inconcebible que un *foco* localizado en un área rural —aunque cuente con estación de radio— pueda dirigir, coordinar y comandar una acción revolucionaria generalizada! Si Debray considera que la tarea inicial del *foco* es

la de la "propaganda armada", tal vez esté más cerca de la realidad, pero el atribuirle la responsabilidad de tareas tan amplias y complejas al *foco* resulta más bien contradictorio. Aquí cabe recordar que no todos los países tienen las mismas dimensiones geográficas de Cuba. El Brasil, por ejemplo, es un país de dimensiones continentales, donde un *foco* podría ser fácilmente aislado. Ahora bien, suponiendo la existencia de varios  *focos*, las dificultades de una acción coordinada serían enormes. Pero más adelante tocaremos este punto.

En *¿Revolución en la revolución?*, Debray hace la siguiente cita de Fidel: "¿Quién va a hacer la revolución en América Latina? ¿Quién? El pueblo, los revolucionarios con o sin partido." Y comenta:

"Fidel Castro dice simplemente que no hay revolución sin vanguardia; que esta vanguardia no es necesariamente el partido marxista-leninista, y que los que quieren hacer la revolución tienen el derecho y la obligación de constituirse en una vanguardia, independientemente de estos partidos.

"Se necesita valor para afirmar los hechos en voz alta cuando estos hechos contradicen una tradición..." (p. 98).

Sobre este punto, nosotros podemos formular varias objeciones.

1) Fidel tiene razón al decir que la revolución puede hacerse con o sin partido, pero es necesario saber a qué revolución se refiere. Una revolución democrático-burguesa, o democrático-nacionalista (la Revolución Francesa, la Revolución Mexicana o la Cubana en su primera fase) puede hacerse de esa manera, no así una revolución socialista. Se argumenta que la revolución socialista pasa primero por una fase democrático-nacionalista, fase de transición en la que se cumplen aquellas tareas de la burguesía que ésta ya es incapaz de realizar, por ejemplo, una genuina reforma agraria, a fin de llegar subsecuentemente a la segunda fase, que es la del socialismo. Este argumento es correcto, pero hoy día debe ser sometido a una adaptación histórica, especialmente en lo que se refiere a la América Latina.

Antes de la Revolución Cubana, un movimiento popular podía hacer una revolución mediante un frente unido con una burguesía nacional, con un partido (China), o bien sin partido (Cuba), y llevar a cabo aquellas tareas de transición. Después de la Revolución Cubana la situación cambió, pues el imperialismo ya no se dejará tomar por sorpresa y las burguesías tienden a buscar la

alianza con el imperialismo y a volverse cada vez menos nacionales. Ésta es la razón por la cual ahora se determinará desde un principio el carácter socialista de la revolución, a pesar de que muchas de las tareas que tenga que realizar sean de naturaleza democrático-burguesa. La revolución latinoamericana tendrá que enfrentarse desde un principio al choque con la burguesía "nacional" y con el imperialismo. En estas circunstancias, la lucha será más ardua y habrá una confrontación directa y definitiva entre las clases, por lo que el partido tendrá que ser más indispensable que nunca.

2) En la anterior cita de Debray es necesario examinar dos cuestiones: a) Cuando se habla de la independencia de "estos partidos" tenemos la impresión de que se refiere a los partidos comunistas existentes en América Latina; pero ¿pueden *estos* partidos tomarse como ejemplo de partidos? ¿Son en realidad partidos marxistaleninistas? Al menos, la gran mayoría no lo son y, por ello, si Debray habla de partidos revolucionarios en general, mientras piensa en *ciertos* partidos, está cometiendo un error, puesto que así elimina la posibilidad de que existan genuinos partidos revolucionarios, cualitativamente diferentes de "estos partidos". b) Debray continúa diciendo: "Estos hechos contradicen la tradición." ¿La contradicen? ¿Una experiencia histórica de un tipo contradice a otra experiencia histórica de otro tipo? Por ejemplo, la Revolución Cubana "contradice" a la Revolución China? ¿Pudo haber sido falso el papel histórico que esos partidos revolucionarios desempeñaron? ¿Dónde radica entonces la magia de la Revolución Cubana, que se le puede atribuir el poder de contradecir a las otras?

Debray afirma que la fuerza de la guerrilla es la forma fundamental de lucha y que los líderes deben volverse parte de ella, puesto que es el lugar más seguro. Solamente la falta de imaginación o de una buena organización de seguridad puede llevarnos a suponer que los líderes estén a salvo solamente en el campo. Los líderes deben estar allí donde se esté desarrollando la forma fundamental de la lucha. En un país donde el sector económico fundamental es rural, deben irse a las áreas rurales; pero en países como la Argentina, si la dirección se establece en el campo se expondría a un aislamiento que ni la estación de radio podría remediar. Lo importante es que los líderes sean realmente capaces de dirigir. Sostener *a priori* que la dirección debe estar en el campo es un

*dogma*, y puesto que los revolucionarios no son religiosos, no lo aceptan.

El más serio y peligroso de los errores de Debray es su proposición de liquidar, de una vez por todas, el papel de la teoría revolucionaria. Él presenta el problema de la siguiente manera:

Al citar la frase de Lenin "La guerra civil ha *unido* a la clase obrera y al campesinado, y ésta es *la garantía de una fuerza invencible*", Debray piensa que en la referencia a la guerra civil ha encontrado la magia que le confiere poderes milagrosos sobre la fuerza guerrillera, y concluye que "entonces, en las montañas, los obreros, los campesinos y los intelectuales se reúnen por primera vez" (p. 110).

No se establece la justificación de esa "primera vez". Los movimientos de los trabajadores han sido muchas, muchas veces asesorados por intelectuales revolucionarios, y ha sido frecuente que los obreros ejerzan una influencia directa en el campesinado medio.<sup>1</sup>

Una apología romántica de la fuerza guerrillera lleva finalmente a Debray a una de las conclusiones más peligrosas de su estudio: "El mejor maestro de marxismoleninismo es el enemigo, en una confrontación cara a cara. El estudio y el aprendizaje son necesarios, pero no decisivos" (p. 111).

Con esta afirmación trata de destruir el principio básico de que "sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario", y de sustituir el marxismo creador por una teoría de la espontaneidad, según la cual hay factores necesarios y factores decisivos; en última instancia, debe haber una escala de prioridades, y es la lucha la prioridad decisiva, pues es la que genera automáticamente (mecánicamente) la teoría necesaria. La teoría aparece, así, como un complemento necesario de la lucha, y está perfectamente claro que para Debray la lucha significa tener el fusil en la mano, pues él no se refiere a la lucha política o ideológica. Pero sucede que para un marxista revolucionario la cuestión es totalmente inversa: existe lucha revolucionaria solamente cuando se sabe contra quién, cómo y en qué momento se ha de luchar. Sin embargo, para Debray éstos

<sup>1</sup> La organización de muchas ligas campesinas del Brasil fue posible por la colaboración directa de trabajadores que, aunque vivían en la ciudad, se mantenían en contacto con las comunidades rurales. El movimiento campesino estuvo influido siempre por el movimiento obrero.

son problemas secundarios, al grado que sostiene que en América Latina debemos luchar todavía contra los señores feudales.<sup>2</sup>

A fin de no caer en argumentos erróneos que utilizan la Revolución Cubana como un ejemplo de lucha triunfante sin teoría revolucionaria, debemos repetir:

1) La Revolución Cubana no tuvo en sus principios un carácter socialista, pero evolucionó en esa dirección. Hoy día cualquier revolución latinoamericana tendrá como condición previa una dirección socialista y, por lo mismo, su carácter deberá ser también socialista.

2) Aunque los líderes de la Revolución Cubana buscaron en forma empírica el camino estratégico desde el asalto al Moncada, sin preocuparse por elaborar su propia teoría, ya existía una teoría internacional de la revolución, la del marxismoleninismo, que había sido probada de manera triunfante en las revoluciones Rusa y China. Fue de acuerdo con esta teoría que el *Che* salió de la Argentina en busca de la revolución en América Latina. Lo mismo puede decirse de Raúl y de Fidel al enrolarse en la revolución. Lo que no puede decirse es que ya los gérmenes del partido revolucionario estuvieran presentes en el Moncada. Esto equivaldría a decir que los gérmenes de un partido revolucionario estaban ya presentes en el nacimiento de Fidel. En suma, podemos decir que la Revolución Cubana tuvo la particularidad de ser la síntesis de condiciones singulares, combinadas con la negligencia del imperialismo y el genio de sus líderes. Nadie puede garantizar que estos factores vuelvan a darse nuevamente en una combinación igual.

Hoy nadie puede negar que "el poder se toma y se mantiene en la capital, pero el camino que lleva a los explotados hacia él debe pasar por el campo" (p. 113 y 114). Sin embargo, es necesario hacer hincapié en el hecho de que el movimiento revolucionario se genera y toma forma en las ciudades, *pasa por el campo y se desarrolla al mismo tiempo en las ciudades*, ya sea bajo una forma de lucha clandestina o abierta. Es incorrecto interpretar el término *pasar* como *desplazarse por sí mismo* hacia el campo. En países industrializados como el Brasil, la Argentina y otros, el sistema ca-

<sup>2</sup> Esta es una referencia indirecta a una parte del texto original de este artículo que se incluyó en la edición española de *Monthly Review*, pero que se omite en esta síntesis, y en la cual Cléa Silva muestra que Debray, en sus escritos anteriores a *¿Revolución en la revolución?*, aún sostenía la teoría del feudalismo latinoamericano.—N. de *Monthly Review*.

pitalista puede coexistir con una insurrección localizada en el campo, pues su base más fuerte no se encuentra ahí, pero no tolerará ni se rendirá ante los ataques del movimiento revolucionario a sus centros productivos, es decir, a sus industrias urbanas.

Sobre las preguntas que plantea, de qué es más urgente y qué no lo es, es decir, sobre la escala de prioridades implícita en todos sus trabajos, Debray sostiene que el aspecto militar es más urgente que el político, ya que "es posible moverse de un *foco* militar a un *foco* político, pero moverse en la dirección opuesta es prácticamente imposible" (pág. 120). Este dogma se queda sin justificación teórica o práctica.

Douglas Bravo inició una organización política a fin de crear un *foco* militar. Después de algún tiempo rompió con la organización pero, no obstante, algo de ella llevó consigo. La fuerza guerrillera de Douglas Bravo funciona y seguirá funcionando hasta el momento en que los militantes revolucionarios del Partido Comunista de Venezuela y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) sean capaces de sostener y ahondar la lucha mediante la movilización de las masas urbanas. Luis de la Puente surgió de una organización esencialmente militar para organizar el *foco* guerrillero en el sur del Perú. Subestimó la capacidad represiva del enemigo, y su apoyo urbano era débil. Y fracasó trágicamente. Como éste podríamos citar otros ejemplos. ¿Por qué Debray apenas menciona la experiencia de De la Puente en el Perú? ¿Es que no está bien informado sobre el problema? Y si es así, ¿por qué no lo estudia? ¿Acaso porque la experiencia del sur del Perú revela la debilidad de la teoría del *foco*? La historia demuestra que uno de los factores fundamentales que determinaron la derrota de los *guerrilleros* de De la Puente fue su falta de habilidad para analizar la situación socioeconómica del Perú. De la Puente creyó en la validez de la teoría del *foco*. No se dio cuenta de que el Perú estaba en una fase de desarrollo acelerado, con una de las más altas tasas de crecimiento en América Latina, y que en el curso de esa fase ningún movimiento insurreccional que surgiera podría tener ni remotamente esperanzas de triunfar.<sup>3</sup> Parece que en este caso se cometieron errores estratégicos; uno de ellos, fundamental, fue la

<sup>3</sup> Para un análisis de la situación peruana y de las causas de la derrota de las fuerzas guerrilleras del MIR, véase el excelente artículo de S. Condoruna "Las experiencias de la última etapa de luchas revolucionarias en Perú", *Estrategia*, N° 3, Chile, 1966.

subestimación del poder represivo de la clase dominante y la sobreestimación del apoyo campesino.

En 1963 De la Puente declaró: "Hugo Blanco pudo movilizar al campesinado con su sola iniciativa y hacer lo que hizo. Imagínense solamente lo que nosotros podríamos hacer." El fin de De la Puente y sus compañeros de guerrilla nos lleva a dos conclusiones:

1) El sacrificio personal, el heroísmo y desinterés del guerrillero sirven de ejemplo a todos los revolucionarios.

2) Al mismo tiempo, no debe aceptarse como ejemplo y pauta la falta de un conocimiento objetivo de la realidad, la subestimación del enemigo, de la organización del partido y de los movimientos de masas.

Sin embargo, las afirmaciones erróneas de Debray contienen una verdad fundamental:

"No puede concebirse en la América Latina de hoy que la dirección política permanezca alejada de los problemas técnicos de la guerra. Es igualmente inconcebible que pueda haber cuadros políticos que no sean al mismo tiempo cuadros militares" (p. 88).

Esto es cierto. Primero y fundamentalmente, el cuadro es político; pero por el simple hecho de ser político entiende Debray que debe ser también militar. Para sostener lo contrario, esto es, que el cuadro es político por el solo hecho de ser militar, habría que caer en el absurdo de confundir los medios con los fines. Aunque se acepte la militarización como un factor fundamental, es una tontería hablar de "los lazos estrechos entre la biología y la ideología". Es posible ser un líder revolucionario y un estratega militar a la vez, aunque se trate de un inválido. En otras palabras, la estrategia militar puede y debe ser concebida también en términos teóricos, si es que se la quiere aplicar bien.

Si deseamos destruir definitivamente el imperialismo en Latinoamérica es indispensable el adiestramiento militar. La lucha será ardua y larga: todos los revolucionarios deberán prepararse en todos los niveles; en el grado y el momento en que la lucha se generalice, las funciones militares no serán patrimonio exclusivo de las fuerzas represivas o de los revolucionarios, sino de todo el pueblo. Por tanto, los revolucionarios deben prepararse para la lucha y enseñar al pueblo a luchar. La lucha latinoamericana tendrá un carácter definitivo frente al imperialismo, y por eso ahora más que nunca la América Latina se enfrenta a la necesidad de una teoría revolucionaria. Las líneas generales están trazadas ya por el marxismo.

moleninismo. Ahora lo importante es usarlas como instrumento para analizar nuestra realidad.

### *La Ciudad y el Campo*

Debray sostiene la subordinación de la ciudad al campo, como consecuencia lógica del papel decisivo que atribuye a la fuerza guerrillera, papel que a su vez se basa en la subestimación de la lucha política e ideológica de la clase obrera y del movimiento de masas. Pero Debray va más lejos: supone la existencia de determinados esquemas de acción que tienen el carácter de reglas fijas que no pueden violarse puesto que son las únicas válidas. Las fuentes de inspiración de Debray continúan siendo la Revolución Cubana y, al parecer, los levantamientos venezolanos de los últimos años. Parece que Debray, retoño intelectual de Fidel, no logra teorizar más allá de los pasos de su maestro, pues si comparamos su estudio (especialmente el capítulo que se refiere al asunto campo-ciudad) con el discurso que sirvió a Fidel para romper con el Partido Comunista Venezolano, podremos ver que aquél fue su fuente de inspiración. Fidel analizó correctamente muchas de las limitaciones del movimiento revolucionario en ese país; pero querer deducir de ahí las leyes generales para los movimientos revolucionarios en América Latina, como lo hace Debray, nos parece totalmente equivocado. En otras palabras, el análisis de Fidel de situaciones concretas y específicas es indudablemente correcto en lo general, pero tratar de obtener generalizaciones válidas para todo el continente con base en el pensamiento de Fidel es algo totalmente erróneo.

En primer lugar, hay que dejar claramente sentado que los militantes urbanos no llevan una existencia fácil. Solamente un intelectual que nunca haya vivido en la clandestinidad puede tener tan falsa idea (lo que no significa que la vida clandestina sea, en lo general, horrible). Muchos burócratas se las arreglan para operar clandestinamente, por años, de una manera tolerable; pero es ridículo creer que la vida en la clandestinidad es algo así como una *dolce vita*.

Es más, las ideas de Debray contienen una profunda contradicción en lo que se refiere a la actividad en las ciudades. Por una parte, está la "burguesía" del movimiento, que permanece en la ciudad. Por otra parte, él afirma que los líderes deben ir a las áreas rurales, ya que éstas son más seguras.

¿Cómo es que la burguesía prefiere quedarse en el "cementerio" (término de Fidel), cuando es éste precisamente el lugar más peligroso?

"Examinemos las listas de bajas: casi todos los muertos, lo mismo que los prisioneros, eran miembros del partido" (p. 86). Al mismo tiempo que señala que las ciudades son los lugares más peligrosos, Debray dice que "aquellos que no quieren morir" se quedan en ellas. Afirma que los muertos y los prisioneros son principalmente miembros del partido, ya que "la clase dominante sabe perfectamente de quién debe deshacerse (los líderes político-militares), a quiénes puede dejar en la cárcel o en libertad (los políticos) y a quiénes desea excarcelar o dejar en paz" (p. 69). Dice, al mismo tiempo, que en América Latina existen "asesinatos selectivos" ("asesinar a los líderes y dejar vivos al resto"). Este argumento también es equivocado. En la lista de muertos venezolanos, la más larga de toda Latinoamérica, es probable que no encontremos muchos líderes. En general, la burguesía tiene muy pocos escrúpulos en lo que se refiere al asesinato de trabajadores, ya que cuando se trata de asesinar revolucionarios también funciona un criterio de clase. Un individuo, a pesar de que sea subversivo, sea o no líder, tiene más posibilidades de sobrevivir si pertenece a una familia influyente o rica que un campesino o un obrero.

Éste es solamente un aspecto del problema, pues también la opinión pública ejerce presión, y siempre resultará más fácil matar a un activista anónimo que a un conocido líder popular. El caso de Hugo Blanco es un buen ejemplo. En cuanto a los riesgos que se corren al bajar de la montaña, Debray explica el problema en forma irracional y dogmática y tiende a subestimar el poder de las fuerzas represivas y a menospreciar el aparato combativo de la resistencia clandestina. Habla de un "riesgo mortal. Tarde o temprano el líder guerrillero caerá..." (p. 68). Éste es un dogma. El riesgo existe tanto en las ciudades como en las guerrillas. Fabricio Ojeda, por ejemplo, murió cuando acudió a la ciudad, pero ¿por qué murió? Porque no estaba protegido por el aparato combativo de la resistencia clandestina del movimiento revolucionario, pasó la noche en la casa de un conocido reaccionario, que lo denunció por un puñado de dólares. Parece que Douglas Bravo y otros militantes que fueron citados a una junta en la misma casa apenas pudieron escapar de la misma suerte. ¿Qué prueba esto? ¿Que la

ciudad es un riesgo absoluto o que ese riesgo se corre cuando no hay una organización que funcione en la ciudad?

Sin embargo, Debray tiene razón al hacer hincapié en los profundos problemas existenciales que pueden generar las actividades clandestinas de la resistencia en las ciudades, incluso el riesgo de neurosis, de aislamiento, la imposibilidad de contactos humanos más profundos entre los miembros de las fuerzas guerrilleras urbanas, por ejemplo. Esto se debe a que los contactos entre activistas tienen un carácter profesional, por así decirlo, y están limitados a lo absolutamente necesario. La identidad del individuo nunca se revela, y éste se convierte, en último análisis, en un simple engrane. Naturalmente, existe una profunda solidaridad humana, pero esa solidaridad se extiende al camarada y no al amigo o al individuo como tal. Ése es el precio que un revolucionario debe pagar mientras espera las compensaciones ofrecidas por la nueva sociedad que va a crear, si no muere antes. Un revolucionario es aquel que sabe vivir para el futuro: si no está capacitado para ello no es revolucionario. Pero es una falsedad el señalar todos estos problemas, reales y difíciles, contraponiéndolos a un cuadro falso de la situación de la guerrilla en el campo. El guerrillero se enfrenta a otro tipo de problemas, que también pueden engendrar la neurosis y la ansiedad; por ejemplo, el abandono de la familia, la inseguridad del nomadismo, la neurosis de guerra y la disciplina militar que, aun concientemente aceptada, debe ser rígida e implacable. Llegamos a la conclusión de que una forma no es ni más ni menos formativa o deformativa que la otra; que la tarea de un revolucionario, en el campo o en la ciudad; acarrea violencia al individuo, y que un revolucionario puede dominar esta amenaza de violencia a sí mismo sólo si posee una idea clara del porqué de su violencia contra sí mismo y sabe a qué está entregando su vida; en suma, cuando percibe la grandeza total de la causa.

Esto quiere decir que la educación política tiene un papel decisivo. No basta el odio a la explotación; se requiere también tener la convicción de que puede ser aplastada y conocer las formas en que ha sido vencida en la historia. Es ésta una convicción que no puede ser alcanzada por un cuadro exclusivamente militar. Por eso los partidos comunistas chino y vietnamita nunca menospreciaron la educación ideológica de sus cuadros. Todo lo contrario: a quienes se encontraban en la primera línea de fuego durante la Revolución China se les instruía con cursos intensivos; nunca se siguió

la línea de la espontaneidad que consiste en dejar que la lucha sola forje al cuadro revolucionario. El solo odio espontáneo a la explotación no conduce a la victoria.

Es cierto que los cuadros políticos deben ser cuadros militares, y es importante hacer hincapié en ello, pero no debe olvidarse que la idea no es nueva, pues la historia de las revoluciones china y vietnamita no muestra ninguna separación entre los cuadros militares y los cuadros políticos. Mao Tse Tung, Chu En-Lai, Ho Chi Minh y muchos otros son ejemplos vivientes de esa unión. Trotski y Stalin también demostraron ser grandes estrategas, y Lenin, aunque no era soldado, entendía los problemas de la estrategia. Un cuadro revolucionario no se forma solamente en una escuela de cuadros o en una "torre de marfil". Si la concepción de Debray sobre la lucha se refiriera a una sola lucha amplia, estaría en lo cierto al decir que los cuadros se forman en la lucha misma; pero debemos afirmar claramente que no se trata sólo de la lucha armada. El cuadro se forma en la lucha política, en la lucha ideológica y, también, en la lucha armada. Es un error sobrestimar una de estas formas en detrimento de las otras, y cuando se comete se pone en peligro la vida del movimiento. Debray tiende precisamente hacia esa dirección cuando subestima, o más bien cuando no logra entender el papel de las luchas políticas e ideológicas. Su incapacidad para entender que deben ser combinadas las formas diversas de lucha se demuestra claramente cuando dice que "en América, dondequiera que exista una vanguardia política armada ya no hay lugar para una relación ideológico-verbal de la revolución, ni para cierto tipo de polémicas. Estamos en un terreno nuevo..." (p. 123).

Esta falsa concepción lo llevó a malinterpretar el importante papel que deberán representar las organizaciones que surgieron en la América Latina después de la Revolución Cubana. Es muy cierto que muchas de ellas, como ya se ha dicho, vacilaron al encarar el dilema del *foco* o el partido, y que muchas de ellas no llegaron a ser ni lo uno ni lo otro; pero todas han tenido un papel importante en la lucha ideológica contra el reformismo y muchas, partiendo de la lucha ideológica, desempeñarán un importante cometido en la lucha final contra el imperialismo. Debray no fue capaz de percibir el alcance de la acción revolucionaria de esas organizaciones porque pensaba que al desperdiciar sus esfuerzos en una lucha que él consideraba secundaria esas organizaciones procurarían no desembocar en el camino de la insurrección.

Por lo que respecta al problema de la formación de los cuadros revolucionarios, debemos distinguir dos aspectos: 1) una cosa es anotar que "la educación política tradicional" es inadecuada, y 2) otra cosa es afirmar que no puede existir una buena educación ideológica y militar.

En lo que se refiere al primer punto, aunque sea cierto que la educación política tradicional tiene muchos sinsabores, no es ésta una razón para condenar todos los programas educativos. Este es otro aspecto del dogma negativista. Pero, ¿de dónde saca Debray la idea de que los nuevos activistas revolucionarios latinoamericanos tendrán los mismos sinsabores? Esa creencia supone la incapacidad de la vanguardia para evolucionar.

Debray hace patente, de manera clara, su mala voluntad hacia la lucha política cuando afirma: "Es inútil crear anticuerpos en el corazón de las organizaciones políticas existentes... La creación de un *foco* político más moviliza solamente a los que ya estaban movilizados" (p. 121).

Estos alegatos contienen errores muy graves:

a) Desde el momento en que su programa es el reflejo de los objetivos de un ejército popular, es necesario un programa mínimo de educación para ese ejército. Un ejército sin programa es un ejército sin objetivos definidos... ¿Para hacer qué? Esto refleja el culto a la espontaneidad por parte de Debray.

b) Debray considera que los programas, las alianzas y los frentes no son sino "maquinaciones artificiales". Esto podría ser verdad en el caso concreto de *ciertos* programas, ciertos frentes y ciertas alianzas, pero es absurdo generalizar. El movimiento revolucionario latinoamericano llegará a su fase más alta cuando sea realmente capaz de hacer alianzas y frentes sólidos, que no se logran sino sobre la base de programas comunes.

c) "Los anticuerpos en el corazón de las organizaciones políticas existentes" acelerarán el proceso revolucionario si se trata de anticuerpos revolucionarios que se sitúan en el corazón de las organizaciones reformistas.

d) Por lo que se refiere a la afirmación de Debray en el sentido de que las actividades políticas sólo pueden movilizar a los que ya estaban movilizados, no es necesario discutirla, pues su error es obvio. Sería oportuno recordar que en América Latina hay un enorme potencial revolucionario entre las masas, y que es ésta la razón de que siempre hayan seguido a los líderes que hablaban el lengua-



je populista. Quizá el mejor ejemplo sea el de Janio Quadros, en el Brasil, que fue elegido por varios millones de votos. Es un hecho que las más antiguas organizaciones izquierdistas, especialmente los partidos comunistas, guiaron siempre a las masas mediante el uso esporádico de un lenguaje más tímido que el de muchos candidatos populistas. La América Latina es un suelo fértil para la acción política revolucionaria.

### *El Carácter de la Revolución Latinoamericana*

Si el proceso revolucionario se concibe en términos continentales, las experiencias anteriores no deben ser menospreciadas, especialmente las experiencias de las revoluciones china y vietnamita. Es más, en la medida que se considere que la revolución tiene un carácter continental, la experiencia cubana deja de ser necesariamente el modelo.

En el caso de una lucha prolongada y extensa (sea desde el punto de vista geográfico y de sincronización, sea desde el punto de vista de la penetración de la revolución en todos los planos, sea desde el punto de vista de la confrontación inevitable con el invasor extranjero) lo que debe buscarse en el análisis de las revoluciones china y vietnamita no es un modelo mecánico, sino una inspiración profunda. Es pues una tontería de parte de Debray la afirmación de que “los «centros de la tempestad» y sus vanguardias revolucionarias parecen desplazarse cada vez más lejos de todas las formas de organización y agitación inspiradas por los camaradas chinos, mientras éstos ganan terreno entre los militantes europeos en regiones políticamente quietas” (p. 124).

Hay mucho que decir en la discusión de este problema, desde el punto de vista político-militar. Debemos limitarnos aquí a hacer algunas declaraciones generales:

1) La revolución latinoamericana será una larga guerra en la que habrá una confrontación directa. De un lado estarán el imperialismo, la burguesía dependiente, los sectores latifundistas, las capas superiores del campesinado, sectores cada vez más restringidos de las clases medias que se benefician del sistema, miembros de la pequeña burguesía, y los ejércitos nacionales que son instrumento de la dominación. Del otro lado, el proletariado urbano y rural, los campesinos pobres, los estratos medios progresistas (algunos estu-

diantes, intelectuales y profesionistas), un sector de la pequeña burguesía y del clero, y los habitantes de las comunidades marginales.

2) Dado el carácter prolongado y violento que tendrá la guerra, tenderá a involucrar a todo el pueblo (por pueblo queremos decir las clases y sectores enumerados arriba). Será una guerra generalizada en cada país y en el continente entero.

3) De esa manera, la América Latina testimoniará la renovación de todas las formas anteriores de lucha, desde las acciones callejeras hasta las batallas en gran escala entre ejércitos; y, como ocurre hoy en Vietnam, se crearán formas de lucha completamente nuevas y variadas.

4) Si aceptamos las proposiciones anteriores y concebimos la guerra como una guerra del pueblo, no podemos, *a priori*, declarar que formas de lucha como la “propaganda armada” y la “autodefensa” han sido reemplazadas. ¿Por qué reemplazadas? Todas las formas de lucha pueden ser utilizadas y combinadas.

5) Es un error tratar de definir la forma fundamental de lucha. No se puede conceder prioridad absoluta a una forma de lucha frente a otra. La prioridad tiene que responder a cada fase de la lucha, y debemos recordar siempre que todas las formas de lucha se combinarán. En consecuencia, se usará la fuerza guerrillera, se crearán ejércitos regulares, tropas de choque, cuerpos de sabotaje urbano; se movilizará a las masas, se usará la autodefensa, etc., pues todo tiene que ser utilizado. Una forma de acción que puede prevalecer en un momento dado puede perder su importancia en otro momento. Tal es la gran lección que debè aprenderse de la lucha vietnamita.

6) Para que una revolución nacional triunfe se necesita una revolución continental. Si un país aislado del resto de América Latina intenta una revolución, sufrirá inmediatamente una invasión imperialista. Pero si la revolución se extiende a todos los países del continente ya no será factible la acción imperialista. Para el imperialismo es fácil invadir un solo país y controlar sus puntos clave, pero le es imposible invadir y controlar a todos los países de América Latina. ¿Por qué? Porque “si el enemigo concentra sus fuerzas, pierde terreno; si se dispersa, pierde fuerza” (Giap). El principal enemigo de la revolución es el imperialismo. Si sólo se tratara de dar la batalla con ejércitos nacionales, sería para el imperialismo relativamente fácil derrotarlos. Sin embargo, la revolución conti-

mental será realizada mediante revoluciones nacionales que impliquen una coordinación de los movimientos nacionales.

7) Sólo hay dos casos hipotéticos en los cuales la revolución continental no sería un factor decisivo para las revoluciones nacionales: a) si se desatara una guerra termonuclear; b) si el movimiento revolucionario en los Estados Unidos se desarrollara en forma tal que ahorrara a la América Latina la tarea de dar el golpe final al imperialismo. Estos dos casos son muy improbables.

### *Conclusión*

La crítica a las formulaciones de Debray se ha hecho necesaria debido a la influencia que sus trabajos han venido adquiriendo en el continente. Sus ensayos son impresionantes. A primera vista parecen bien fundados, pues se refieren a la situación de varios países y evidencian un conocimiento profundo. Pero esta profundidad es aparente e ilusoria. De hecho, Debray reunió información sobre la experiencia de muchos movimientos revolucionarios, pero no logró encontrar una verdadera *explicación* de lo que ocurrió y lo que está ocurriendo en la América Latina, porque no comenzó por hacer un análisis socioeconómico de nuestro continente, un análisis de su condición de economía capitalista dependiente.

Es natural que los trabajos de Debray hayan despertado entusiasmo entre los jóvenes, pues son, después de todo, una oda a la juventud; pero también han despertado entusiasmo entre los intelectuales, y esto no es tan explicable.

Una observación final: Debray merece nuestra más profunda admiración y nuestro respeto. Aun cuando desde el punto de vista teórico su pensamiento diverge del criterio expuesto en este trabajo, su conducta personal, la dignidad y el valor con que se enfrenta a los rigores de la represión boliviana e imperialista, sin abdicar de sus convicciones, son ejemplares, como lo son también su entusiasmo por la revolución (perfectamente reflejado en sus trabajos) y su sólida determinación de oponerse a la represión imperialista.

Para Régis Debray y para todos los revolucionarios del continente es claro que la opresión es un fenómeno transitorio, que está sufriendo su agonía.